LA FUNCION DEL ESCRITOR EN NUESTRO TIEMPO

POR

RAUL TOUCEDO

Pensé hablar de un libro «como de algo que hace deliciosa una larga noche de invierno», invocando a las Musas con su aire transparente y sus cuerpos de dicha, cantar «la canción antigua de la juventud breve y la belleza pasajera» o soñar en imágenes, con Gabriel D'Annunzio, en la Venecia de nuestra alma europea, «siguiendo el cortejo del estío muerto, yacente en la barca fúnebre, vestido de oro como una dogaresa hacia la isla de Murano, donde un maestro del fuego lo encerrará en un féretro de vidrio opalino a fin de que, sumergido en la laguna, pueda al menos mirar a través de sus párpados diáfanos los flexibles juegos de las algas y creerse que alrededor de su cuerpo tiene todavía la ondulación continua de su cabellera voluptuosa»; ¡pero no está el hombre sereno —de serenidad olímpica— ni para fiestas!

Llegó al Infierno en tiempo tan obscuro
que no se vió ni entrada ni salida...

Diría don Luis de Góngora. Una problemática era, entonces, lo único honrado: quien profesa y expresa la reflexión, quien intuye utilizando los esquemas de la reflexión, quien crea en el más alto sentido poético como inspirado de su época, de su naturaleza y del nivel humano en que nace y vive, sabe que las libélulas, los rumores vegetales, las constelaciones y los arpegios pronto no tendrán cabida en este mundo, ojos y oídos que los reconozcan. La obligación de existir, que es nuestro vivir de escritor, nos devuelve, pues, con repugnancia pero con razón, a la vida. El «Día del Escritor» ha de ser por esto símbolo de la problemática. Que luego resulte una bola de nieve, un estampido con estrellas de bengala al extremo de su tallo de fuego, un río caudaloso y benefactor, o que muera sórdidamente en su cubil, es cosa imprevisible.

Y el paroxismo de la medianoche lo acaba de anunciar Thomas Merton: «Debemos estar precavidos contra nosotros mismos —nos dice— cuando lo peor del hombre se exterioriza en sociedad, se lo aprueba, aclama y endiosa. Cuando el odio se convierte en patriotismo y el asesinato en deber sagrado, cuando el espionaje y la delación son amor a la verdad y el que hace de señuelo un benefactor público, cuando los resentimientos que corroen y acicatean a los burócratas frustrados se

tornan conciencia del pueblo y entronizan en el poder al *gangster*, entonces debemos recelar de la voz de nuestro propio corazón, aun cuando lo censure. Porque ¿acaso no estamos corrompidos por el mismo veneno?

Por eso no deben engañarnos los gigantes —Estados Unidos y Rusia, o quienes fueren—, ni deben engañarnos sus ataques y preparativos para destruirse mutuamente. El hecho de que sean poderosos no significa que sean cuerdos, y el hecho de que hablen con suma convicción no significa que digan la verdad. Su talla tampoco prueba que posean solidez metafísica.

Vivimos una época de sueños perversos, en la cual el científico y el ingeniero pueden dar forma exterior a los fantasmas del inconsciente del hombre. Las armas brillantes que zumban en la atmósfera lista para pulverizar las ciudades del mundo son los sueños de los gigantes descentrados. Sus evoluciones matemáticas, los ritos hieráticos concebidos por hechiceros sin fe.»

Puede que un día los Estados Unidos y Rusia se destruyan entre sí, como supone Merton, y subsistan para edificación del mundo las razas que no han transgredido todas las reglas naturales y divinas en nombre del poder y del dinero. Esta es una suposición biológica: el brote vigoroso no nace al extremo del árbol viejo, sino a mitad de sus mejores ramas; lo que ratifica Lewis Mumford al investigar la aparición de las religiones axiales; pero es así a condición de que la rama nueva o el árbol nuevo no estén contaminados por la decadencia de toda parábola vital, en este caso anterior.

No son muchas al parecer en nuestro tiempo las buenas cosas posibles para un hombre solo, con su pluma, en el meollo de los acontecimientos. Esto de recordar y rehacer toda la existencia, paso a paso, cuando la tempestad está en su cima y lo posee, implicará una famosa aventura. Pero desde los navegantes fenicios que bordeaban las orillas del Mediterráneo hasta los vuelos espaciales, desde Colón y Magallanes hasta Gagarin y Glenn, la humanidad se ensancha siguiendo a los precursores; desde Lao-Tseu, Buda, Sócrates y Jesucristo, el pensamiento de la humanidad es dócil al pensamiento de los inspirados y solitarios; en uno y otro caso el hecho es idéntico: Anquises, subido a las espaldas de su hijo Eneas, emigra hacia la tierra prometida: *porvenir, peligro* y *salvación* son circunstancias del «animal vivo»; y si en algo ha variado el mundo, es que ahora son pocos los audaces solitarios y forman legión, en cambio, los que se concitan y cooperan para la aventura. Mas esta aventura nuestra no tiene soledad ni cabeza propia. En las sagas de Homero y de Virgilio los dioses conducían a los hombres y ocupaban en ellos, con sus mitos, un lugar que si es no es imperativo de conciencia; Jesús inició la grandiosa aventura del Cristianismo, cuyo imperativo es

la regeneración universal por el amor; la doctrina revolucionaria de 1789 que postulaba *libertad, igualdad y fraternidad* encierra un relevamiento humano que está muy lejos de haber concluído y que se proyecta con ribetes socializantes en todos los países del orbe. Nuestra aventura del espacio en vez no tiene cabeza ni soledad, no tiene ética; nuestra aventura de la técnica, el átomo, el gene y la electrónica no tiene ética; nuestra aventura del desarrollo vertiginoso de los pueblos que lleva a un ser rudimentario, sin transición, de la vida pastoril a los controles y palancas de mando de una poderosa máquina y a contemplar el mundo por una pantalla de televisión, claro está que no tiene ética. Darle cabeza a este hombre nuevo de las multitudes, de la tecnificación, de los progresos científicos y de la cibernética, es la misión actual del escritor.

Veamos sus posibilidades. El juicio que emite un escritor en cualquier género de conocimientos significa de inmediato el diálogo con un lector desconocido; ésta es la vía interior, invisible, que le pertenece, y desde que la escritura fijó las razones y la imprenta universalizó las ideas, es lo único que tiene sentido de proyección indefinida en la elaboración del ser. Con los diarios, los periódicos gráficos, el cine, la radio y la televisión priva lo mecánico, lo externo, lo espectacular, no el apartamiento y la soledad sublime del hombre con el libro, del alma con las incitaciones de otra alma. Desplazado el libro, se ha de estimar que puede morir lo humano en el hombre.

Pero el libro en nuestro tiempo y nuestro medio naufraga en una operación comercial, por tanto, descendiendo de sí mismo sirve a la concupiscencia del lector. En este como en otros aspectos de orden y jerarquías morales subvertidos, el cuerpo impone conducta a la cabeza: los estudiantes eligen sus profesores y las disciplinas que han de estudiar, el lector vulgar determina la calidad de los libros. Y no es que la democracia haga su agosto, sino que ha llegado por los pies: vivimos un mundo donde el número de las posibilidades está en proporción de ciento a uno con las responsabilidades. Indudablemente hay élites intelectuales promotoras de libros —extranjeros en su mayoría—; su Venecia o su fatuidad, cuando no su bienestar o su egoísmo, inventan racimos de cabezas artificiales; prestar atención a alguno de estos desvíos es casi delinquir. Todos comprendemos las genialidades de una literatura y un arte de vanguardia, pero no las aplicaríamos sin reserva en nuestra casa —algo anuncia que dichas genialidades flotan en el caos—. Estas cabecitas no son la cabeza que se llama *Siglo de Oro* en España o *Era Victoriana* en Inglaterra; no es la *Divina Comedia,* ni *Hamlet,* ni *Fausto,* ni *Brand;* no es Rousseau ni Dostoiewski; no es Hudson en la pintura del paisaje ni *Martín Fierro* como otro *Mío Cid;* no es *Doña Bárbara* debelando los feroces instintos de la tierra americana. La literatura con-

temporánea en particular está traficando con el erotismo, y esto es pornografía y no literatura, celo biológico y no exaltación amorosa, carne agitada que hiede y no mística sublime del amor como en Santa Teresa o Patmore. Tales son las élites de la derecha y de izquierda. Las élites de la derecha son además fatuas, venales y reaccionarias; las élites de la izquierda son además sucias, demagógicas y venales.

Conviene aclarar, para que no descorazonen los novios, que la pintura de Merton y la que precede son auténticas en cuanto encarnan implícitamente un estímulo que nos obliga a ascender para ocupar y gobernar el nivel de civilización que nos desborda; atenernos al árbol y perder la visión del bosque es negativo. Aprovecha al mundo comenzar por lo negativo sólo de esta forma, «que si hasta hoy el método de lo absolutamente negativo no ha fracasado se debe a que no se ha encarado lo absolutamente negativo, tampoco se ha llevado a cabo con seriedad lo que se pretendía hacer al respecto». «Lo absolutamente negativo —llámese Sartre, *caves* existencialistas o lo que fuere— no es más que coquetería.»

La única realidad integral sobre la vida nos la mostró el Padre Pierre Teilhard de Chardin: «Hasta cierto punto, está probada la irreversibilidad de la corriente viviente por su propio éxito —nos dice—: ¿por qué habría de retrogradar puesto que, en conjunto, no ha hecho sino crecer desde sus orígenes? Puede añadirse (y es una prueba muy fuerte si se sabe comprender) que entre los hombres, en donde se hace reflexiva, la vida se descubre como exigiéndose irreversible para su propio funcionamiento. Si, en efecto, nos diéramos cuenta de que el universo animado va hacia una muerte total, *ipso facto* moriría en el fondo de nosotros mismos el gusto por la acción; es decir, que la vida se destruiría automáticamente al tomar conciencia de sí misma.»

Así como las placas fotográficas imprimen la imagen en *negativo* y luego se revelan en *positivo,* resulta lógico suponer que la visión moral del hombre en lo inmediato de la realidad sea pesimista ante naturales dificultades, en la confusión —aparente— de cada acto de creación y en el sinnúmero de diversos actos de creación y de frustraciones que en fórmula subjetiva nos rodean, pero en el cuadro general de la vida, si aún vivimos, somos mejores siempre. La perspectiva del cavernícola hasta nuestros días resulta alentadora; a no tentar, pues, en demasía esta maldad originaria que hay en nosotros de destruir hasta el último vestigio. Si aun a pesar nuestro hemos de seguir viviendo, seremos mejores. Bien está que el escritor denuncie las miserias que le rodean, sienta desprecio por sus semejantes mediocres, odie y denuncie a los fomentadores del latrocinio, pero también ha de ser —sobre todo— escudo, reserva, sentido y porvenir de la vida y del hombre: hay un deseo de que

los males se griten y se acusen; los bienes, a la inversa, se gozan dulcemente en silencio.

El escritor es como un águila dentro de la zoología humana, su vuelo es raudo y a gran altura, y ha de estar atento a no caer en la red del político, el empresario, el economista, el conductor gremial. Estos, constreñidos a su realidad, son menos que reales e incapaces de captar en toda su magnitud la miríada humana, pero más sólidos y fundamentales en sí mismos: entre el escritor y los demás media igual distancia que entre el albatros y los marineros en el célebre poema de Baudelaire; Nicolai Hartmann establece a su vez que las categorías superiores son *las más libres* y las inferiores *las más fuertes*. Ninguno de los escarabajos de Fabre o de las avecillas de Hudson, ni el oso polar o el león africano, pueden comprender y definir al hombre; no obstante, en el sistema de la naturaleza tienen su lugar. En el terreno metafísico ocurre algo parecido: el hombre común está imposibilitado de comprender a San Juan de la Cruz o a Valéry. El escritor de hoy debe encarnar el águila de la reflexión: la audacia, la seguridad y la altura en el espacio abierto y cada vez más abierto, o sea una libertad metafísica madre de todas las libertades; es el filósofo como se entendía en la Hélade —mucho habría que decir sobre el filósofo roturado de hoy que no es heredero de aquél e incluso lo traiciona, pero no es momento—. Atengámonos entonces al simple golpe de vista, y esto lo entenderán todos los que escriben: el escritor, sin fronteras muy definidas ni especialidades especialísimas, es como el vértice de un cono. Cuando desciende a prestar un servicio particular a tal o cual caudillejo, ideología o interés inmediato, está descalificado de su altura; lo que no excluye que pueda tener ideología propia, objetivo en la vida y papel rector en los acontecimientos de su tiempo; pero él ha de ser entre todos poeta y filósofo a la vez, y un poco hombre sabio a la vez y hombre común a la vez, y hombre bueno además, porque en él deben «encombrar» las esencias de todas las realidades y verdades. En él han de estar abolidas para siempre las provincias de la tradición —no la tradición—, los estancos religiosos, ideológicos y raciales en que una falsa cultura funda su reinado temporal y condena con furor y sin apelación a los vencidos. Por otra parte, cada uno de estos apartamientos ya no son provincias, sino partículas explosivas.

Sobre este conjunto de ideas y circunstancias me animé a confeccionar un decálogo para el escritor, unas pocas reglas que ayuden a crear el conductor moral y espiritual de nuestro tiempo; Goethe, Kierkegaard, Emerson, Landsberg se mezclan en mis reflexiones. Juzguen ustedes:

1. Ha de ser auténtico; quien se siente elegido como urna de la existencia, heraldo y vanguardia de la vida, no puede falsear: cualesquiera fueren sus razones personales o las circunstancias del medio en que ejerza. En el complejo creciente de la vida humana su verdad está creando el futuro de todos.

2. Pero no todos los que escriben y son veraces resultan escritores: es misión específica del escritor un solo idioma para todos los hombres y todos los pueblos de la Tierra, no como resultado exclusivo de la elaboración del lenguaje, sino por imperio del espíritu. El espíritu, el alma y la razón funda la escritura; una literatura sin pasión o sin ideas es apenas cortesana: «Los brillantes discursos para decir cosas frívolas son estériles como el nebuloso viento de otoño sobre las hojas secas.»

(Estos dos principios significan el raro privilegio de elegir el camino, corona casi de espinas: nadie es más libre que el escritor, pero paga con la soledad el precio de su infinita libertad: «Es elegido en la medida en que lo son a veces los poetas, por ser los más infortunados.»)

3. Y el futuro implica realidad y algo más que realidad. Escribir es, pues, arte, ciencia y tragedia; mientras que a los hombres y mujeres en general les basta vivir, el escritor encarna la rebeldía espiritual contra el solo vivir, porque ha comprendido que «al hombre le está asignado *su esencia como tarea*».

4. Cristo no es un monólogo, sino un diálogo, ésta es la verdad eterna para el escritor. Alguien de entre los ojos invisibles que lo vigilan responderá a su lección. El no tiene la propiedad de lo que dice, nada más que la satisfacción de conciencia de haber dicho la verdad. (Así resulta instrumento de Dios y no de los hombres.)

5. De este diálogo, que es la única imagen posible de la existencia, ha de registrar el escritor todas sus huellas y señales, y ha de ser un registro vivo, porque nosotros asistimos a la vida y la vida nos asiste.

6. El escritor debe exteriorizar de sí tres dimensiones: el amor a sus semejantes, su conocimiento del mundo y la dignidad de su persona. Esto es la esencia del estilo.

(Estos seis principios convierten al escritor en homúnculo de sus libros, porque un escritor ha de resultar padre de sus obras y esclavo y mártir de sus verdades. Tal es su ética.)

7. Y siempre ha de ser poeta. Un teólogo, un filósofo, un sabio auténticos son además poetas, porque ellos encarnan la luz de la inteligencia y «los vientos de santidad que soplan hacia el valle de los hombres».

8. Frente a la máquina en que la inteligencia amenaza convertirse por propia inercia desde la invención de la imprenta hasta nuestros

días, el escritor es el signo rebelde pero comprensivo, libre pero indisolublemente unido a la suerte del mundo; porque «la solución está en la vida y no en los libros», aunque la esencia se guarda en la vida y en los libros.

9. Los seres y las cosas valdrán para el escritor no por su poder o condición, sino como criaturas y atributos de la existencia y del ideal, equivalentes entre sí y con igual derecho a la vida y sitio en ella.

10. Un escritor ha de escribir mientras deba escribir; persistir luego de su hora es indecoroso. Algo ha de cernirse trágicamente, como la muerte, sobre el que escribe: la angustia de que algún día le falten las razones. (Esta es su fatalidad personal. Hay una etapa mística final en la vida de todo hombre de pensamiento verdaderamente conmovedora; pero ella no está dictada por lo que ha constituído *su aporte,* sino por el *desamparo* creciente que implica la proximidad de la muerte, donde Dios es la única compañía.)

☆

Los escritores iberoamericanos y argentinos en particular deben saber, asimismo, que las responsabilidades vienen por turno y que se acercan las propias. En el mundo remoto, según el *Arbol de la vida,* de Cuénot, a las bacterias suceden los protozoarios, luego los espongiarios y más adelante los celenterios; ya en la rama de los cordados, a otra altura de la evolución, encontramos a los anfibios sucediendo a los peces, los reptiles sucediendo a los anfibios y los mamíferos sucediendo a los reptiles, así hasta el hombre. Un salto de los primates a los anfibios, por ejemplo, quebraría la divina lógica de la vida. En la Historia ocurre otro tanto; Ortega y Gasset observa un fenómeno histórico que denomina la *traslatio imperii;* es decir, que los imperios se han ido moviendo, desplazándose sobre la Tierra, como signos de poder en el tiempo, con un poder mayor para cada nueva etapa. En nuestro caso de seres vivos y de terráqueos esta emigración sigue el curso del Sol, de Oriente a Occidente: el imperio de los asirios, el de los persas, Macedonia con Alejandro, Roma, Inglaterra y los Estados Unidos, ¿cómo explicar, si no, el desborde de los bárbaros hacia Europa y aun el de pueblos más remotos que anuncia el Zent-Avesta? ¿Cómo el de los pioneros hacia las praderas de California? Estimo que otro desplazamiento mucho más lento parece suceder del hemisferio Boreal hacia el Austral, como si se derramara el mundo occidental por un raro declive. Pero hoy los imperios occidentales han llegado a su propio límite natural: el océano Pecífico, donde el Oriente comienza de nuevo. Resulta comprensible suponer entonces que deriven hacia el Sur, hacia Sudamérica, y sienten sus reales temporales en Brasilia o Buenos Aires. Corroborante es la marcha de la cultura occidental, aunque no se identifique totalmente

con los poderosos: comienza con la Grecia clásica —allí están Hesíodo y Homero, los Sofistas, los poetas del siglo de Pericles, Sócrates, Atenas y Esparta, todas las bellezas y los horrores de nuestra *gens* occidental—; pero como a la vida se nace dos veces: una por la carne y otra por el espíritu, la cultura occidental se completa con la Roma cristiana, de donde deviene el mundo en su totalidad: «la resurección de todos para el triunfo del bien», según Soloviev, y dentro de la concepción evangalizadora de España y el carácter español, que encarnan fray Bartolomé de Las Casas y *El Quijote,* esto en lo subjetivo, también es América. Así la marcha de Oriente a Occidente, que si ocurre en lo inmediato sobre la geografía, la perspectiva la adjudica al espíritu («la naturaleza es puro símbolo del espíritu», decía Swedenborg), y si sus designios aparentes son materiales e insensibles, sensuales y tortuosos, el peso de la responsabilidad humana que soporta la convierte necesariamente en espiritual, emotiva y radiante.

Cabe destacar que para Aristóteles el pensamiento comienza con el asombro, y para Descartes, con el descubrimiento del ser por el hecho de la reflexión. Completando lo dicho, entiendo que nuestro pensamiento de ha de comenzar con la *personalidad,* o sea el relevamiento del género humano a nivel de la condición del ser; frente a una fuerza física y del número con que viene desvirtuándose el hombre moderno a través de la técnica. Aristóteles descubrió el universo para la ciencia y Descartes el movimiento de la reflexión, lo que llamamos pensamiento; pero en ninguno de los dos se plantea el fin de la creación por vía del conocimiento, hecho en que estriba toda la existencia humana. Esto es el sentido vital de la doctrina de Jesús, «la recuperación de la verdad por lo que es», según Husserl, la poesía de Almafuerte y la concepción científico-integral del Padre Teilhard de Chardin. El pensamiento no puede ser más el lujo de unos pocos a modo de aristocracia intelectual, tampoco una profesión, sino el instrumento para que el conjunto de caracteres y circunstancias que a través de la vida personifican la existencia alcance un futuro universal, sin exclusiones.

Toca a su fin para nosotros la era de la cigarra, la placidez bucólica del espacio sin límite y del tiempo infinito con que la Argentina tradicional aseguraba su porvenir. El mundo entero golpeará a nuestra puerta y nos exigirá una respuesta adecuada que nos comprometa: la gota que se compromete con la corriente está perdida para siempre; no así el hombre que se compromete con la realidad y la verdad, que se encuentra a sí mismo. Y el mundo llega agigantado por la conquista del espacio que recién se inicia, sanguinario y ensoberbecido por una victoria a lo Calibán, convencido se trata sólo de dar un paso más de ocupación dentro del poderío actual, jamás de un nuevo imperio que pueda ser lógica, sentido y elevación del imperio anterior.